



PEDRO PRADO, ESCRITOR CHILENO, PREMIO NACIONAL DE LITERATURA, 1949

Carmen Balart Carmona¹
Irma Céspedes Benítez²

En la evolución de nuestra literatura, nos pareció interesante la contradictoria figura del escritor chileno Pedro Prado, 1886–1952: poeta, novelista, cuentista, ensayista, quien en su existencia pudo vivenciar la experiencia de ver las profundas transformaciones de un mundo que parecía sólido y estable. Residir en un cosmos en gran proceso de cambio le significó asumir que todo evoluciona: el hombre, las instituciones, las ideas, la cultura, lo que le permitió comprender que cada uno debe construir sobre el caos contingente, una permanencia personal que salve de la muerte y del olvido. Sobre esta experiencia, conformó una posición existencial que verbalizó, en más de una ocasión, como un verdadero manifiesto vital que integra el cambio y la permanencia: *“Para vivir en la vida o en la muerte se requiere cambio incesante; sólo los que pueden seguir la rápida marcha que imprimen nuevas ansias, eternamente cambiantes, son guías fieles y capaces en la jornada infinita.”* (Prado, Pedro, 1971, *El llamado del mundo*, Santiago, Universitaria, p. 142). Tal pareciera ser la consigna que asumió Prado. Estar abierto al cambio implica tomar conciencia de los propios límites mentales impuestos por creencias, temores, cultura, y, a la vez, de los límites de espacio y tiempo a que está sometida, necesariamente, la vida del hombre.

En su creación literaria, supo plasmar esta inquietud. De allí que en su obra se vivan verdades muy personales y *“si quisiéramos resumirlas, no podemos hacerlo sin destruir la característica de toda manifestación vital: la inestabilidad del dinamismo, [...] ese completarse y corregirse, ese quedar anhelante por saberse, trémulo, esclavo de las palabras al decir”* (Ibídem, p. 143). Prado representa al hombre que, con su creación literaria, supera la muerte y perpetúa la existencia, porque una y otra vez tuvo que enfrentar sus propios límites, tanto en lo literario como en lo existencial.

La investigación se centró en la vida y obra de Pedro Prado, lo que permitió descubrir, tanto en lo personal como en la trayectoria literaria, un motivo constante: la búsqueda y definición de sí mismo y de su entorno. Prado es mucho más de lo que a primera vista parece. Representa un momento decisivo en la literatura chilena, al encarnar una nueva actitud espiritual y estética centrada en el papel protagónico del hombre. Vivió en el tránsito de dos siglos, cuando estaba finalizando la etapa decimonónica con su peso ideológico y positivista, en los momentos en que el mundo empezaba a experimentar grandes cambios y se cuestionaba acerca de los fundamentos que habían sostenido, hasta ese entonces, como valederos e irrefutables, a la cultura occidental. Era un cosmos que inauguraba los albores de una conciencia espiritual que apelaba al ser humano como totalidad y le reconocía su carácter de persona.

¹ Balart Carmona, Carmen, Decana de la Facultad de Historia, Geografía y Letras, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Santiago, Chile.

² Céspedes Benítez, Irma, Profesora Emérita, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Santiago, Chile.

Para comprender mejor a Pedro Prado, fue necesario acercarse a la historia, con el fin de delinear el panorama cultural de dicho período y configurar algunos aspectos que caracterizaron su época, tanto en Europa como en Chile, por cuanto ellos contribuyeron a conformar una visión de la sociedad, que se refleja en la creación literaria pradiana, personal e innovadora, a la vez que señalaron los cambios culturales.

Establecido el marco histórico, el perfil humano de Pedro Prado se construyó a partir de sus propias palabras, intentando llenar con significado aquello que podría favorecer la comprensión afectivo-intelectual de su obra. El desconocimiento del autor arranca de él mismo, puesto que muchos aspectos de su vida han quedado para siempre en el misterio, en ese ámbito donde la imaginación puede reconstituir no al hombre de carne y hueso que existió, pero sí a esa voz poética, recóndita y lejana, que habla de los temores, nostalgias, sentimientos, afanes, sufrimientos, alegrías dolores, fantasías, ilusiones, de un ser humano que encontró su vocación en la realidad creada, en su obra que evidencia el sello de su personalidad multifacética y creativa.

En *imaginación creadora y palabra poética*, se estudió el modo cómo la primera se vuelca al exterior en un lenguaje creativo que va construyendo un cosmos que debería ser cada vez más humano. La imaginación creadora tiene el poder de imponerse sobre el mundo exterior y expresar el propio espacio interior. La palabra poética, en cuanto vehículo de conocimiento y de comunicación, verbaliza ese estado interior, ese anhelo incesante, y une lo de adentro con lo de afuera.

La búsqueda innovadora estuvo orientada a las obras iniciales de Pedro Prado: *Flores de cardo* (1908) y *El llamado del mundo* (1913). Ambos libros entregan un universo captado en su sensorialismo, descubrimiento primero del mundo que no podía someterse a leyes métricas. Son un intento válido de un nuevo sistema poético que contradice la rima, la métrica tradicional, el acento versal, la retórica; que se atreve a experimentar con formas novedosas y dar a conocer sus resultados.

Luego, se analizó la prosa poética, *Los pájaros errantes* (1915): textos breves que no conservan el carácter versal, pero sí la esencia de la poesía incorporada a la prosa que pierde su sello lineal, progresivo, para tornarse circular y analógica; y la novela lírica *Alsino* (1920), texto que asimila la estructura narrativa: la historia, la acción, la realidad, el costumbrismo, con el sentimiento de efusión lírica, la idealidad de la palabra poética, el vuelo, el amor sutil, el sueño que hace posible lo imposible.

El análisis de los sonetos dio cuenta del esfuerzo del hablante por alcanzar una expresión plena que le permitió, a través de la palabra, vivir la experiencia en su virtualidad total. Anhelo imposible cuando se comprende que la poesía no es la realidad; y, por lo tanto, es imposible concretar el sueño. Se contempla dolorosamente la vida y se renuncia a enfrentar desafíos. El amor absoluto nunca es alcanzado, la unidad consigo mismo y con la totalidad se visualiza siempre lejana, la perfecta comunicación con el otro resulta imposible. Amor, unidad, comunicación, aparecen como apetencias inaccesibles e irrealizables. Los sonetos que se inauguran con *Camino de las horas* (1934) manifiestan la expresión de la libertad personal que permite ajustarse creadoramente a una forma retórica tradicional. Cada poema, cada verso, intenta profundizar y comunicar un estado interior que no encuentra expresión lógica, sino analógica. Mas, a la vez, cada verso da cuenta del límite que condiciona

todo esfuerzo humano. En *Otoño en las dunas* (1940), el hablante hace un alto en el trayecto de su vida, "*mi único destino*", p. 125, la examina y trae el pasado al presente, visualizándolo como si fuera una senda, una ruta recorrida, un camino que se fue haciendo a medida que se avanzaba por él. Para encontrar la respuesta a sus incógnitas, el Yo emisor se convierte en un vidente que necesita aprender a leer tanto al mundo como a sí mismo. Desde el título se puede relacionar la vivencia del poeta con esta obra: el otoño es el otoño del hablante y del poeta. En *Esta bella ciudad envenenada* (1945), Pedro Prado simboliza en la mujer, el significado de la existencia, "*de la rosa, del ave y de la estrella*", p. 12. La mujer es presencia del signo y del sentido, y, por lo tanto, sin palabras mediadoras, con su mirada entrega la visión global. No aparece en su singularidad, sino genéricamente. Es arquetípica, sutil, aérea, leve; a su paso, deja honda huella: turba el alma "*por la vida entera*", p. 12. En los sonetos de *No más que una rosa* (1946), se evoca el momento del reconocimiento de un misterio que permite al Yo emisor superar la experiencia en sí, para arraigar en el recuerdo, en la imaginación, en el ensueño, en la poesía. La insatisfacción lleva al hablante a anhelar lo imposible en la experiencia humana y sólo accesible a través de la revelación de un misterio, simbolizado en la imagen de la rosa. Participar en él, permite tener una nueva visión del amor, de la naturaleza, de la vida, de Dios.

La investigación permitió concluir que la obra de Pedro Prado es una propuesta a la actividad dinámica de una lectura creadora. Es una invitación a nuestro Yo íntimo, a nuestros afanes y anhelos por trascender la propia singularidad para alcanzar, a través del acto poético, a ese otro Yo que me revela a mí mismo y a cada uno de nosotros.